

THESIS

NUEVA REVISTA DE
FILOSOFIA Y LETRAS

▶ **ALFONSO REYES**
▶ **JIBONANANDA DAS**

2

▶ **CARLOS PEREYRA**
▶ **GIUSEPPE AMARA**

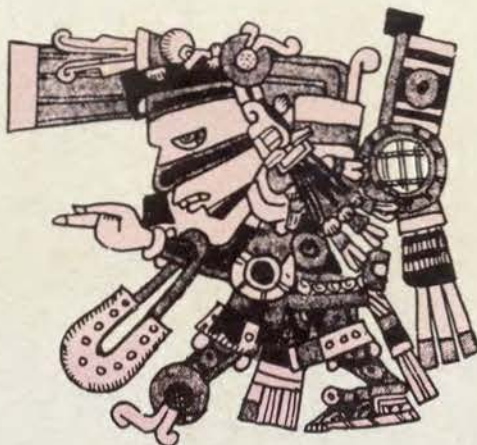
▶ **LUIS G. RAMOS**

▶ **LUISA JOSEFINA HERNANDEZ**

▶ **JOSE ANTONIO ROBLES**

▶ **RICARDO MORALES AVILES**

LUZ AURORA PIMENTEL



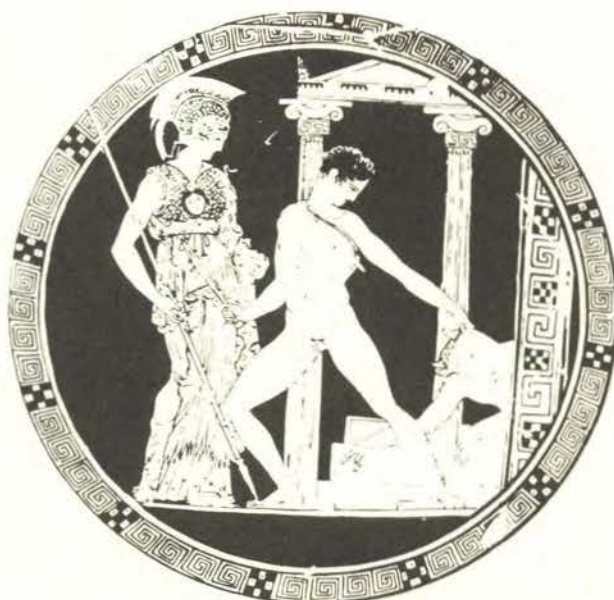
Julio / 1979

THESIS

Nueva Revista de Filosofía y Letras.

Año I, Número 2

julio / 1979





UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector: Dr. Guillermo Soberón Acevedo
Secretario General Administrativo:
Ing. Gerardo Ferrando Bravo

Secretario General Académico:
Dr. Fernando Pérez Correa

THESIS. NUEVA REVISTA
DE FILOSOFIA Y LETRAS

Publicación Trimestral de la
Facultad de Filosofía y Letras

Director: Abelardo Villegas.
Editor: José Antonio Matesanz.
Consejo de Redacción: José Pascual Buxó,
Juliana González, José Antonio Matesanz

Secretaria de Reducción: Elsa Cross.
Diseño: Germán Montalvo

INDICE

La tradición presente. ALFONSO REYES 5
Un paseo por la prehistoria

JIBONANANDA DAS 26
Poemas. Traducción de Susnigdha Dey

CARLOS PEREYRA 29
Hobbes: absolutismo y soberanía

LUIS G. RAMOS 35
Ateísmo Cristiano

GIUSEPPE AMARA 37
La vida después del psicoanálisis

LUISA JOSEFINA HERNANDEZ 42
Análisis de Macbeth

LUZ AURORA PIMENTEL 48
Tiempo y significado en Macbeth

JOSE ANTONIO ROBLES 57
Teoría del ocio (Reflexiones sobre el palíndromo)

RICARDO MORALES AVILES 63
Sobre la militancia Revolucionaria de los Intelectuales

Notas y Reseñas:

Federico Patán sobre La piedra en el pozo 71
de Luis Roberto Vera

Sergio França Danese sobre Gouverneurs de la rosée 72
de Jacques Roumain



La vida después del psicoanálisis

Si todo tratamiento alcanza un término, el análisis como proceso aplicable a la vida es interminable. Freud contaba con que la acción estimulante del tratamiento psicoanalítico prosiguiera en la vida posterior. Aun más, abrigó la esperanza de “que los procesos de remodelamiento” continuaran “espontáneamente en el sujeto analizado”.¹ Pero no se confiaba a esto sin un alertamiento escéptico. La bestia, la animalidad instintiva, que está despierta siempre y asoma en su insomne indomabilidad por el ojo del sueño, sólo aguarda momentos traumáticos, de flaqueza y desaliento, para volver a afectar el yo, lo que parece indicar que en la impredecible y muchas veces ambigua existencia posterior al análisis, la expectación autoanalítica está destinada a volverse infinita.

Quizá existan tantas prosecuciones del análisis como diferentes y únicos son los individuos. A este respecto Freud se preguntaba cuál era ese estado nuevo creado por el análisis, que constituiría la diferencia esencial entre una persona que ha sido psicoanalizada y otra que no lo ha sido². Al igual que Freud no estamos en condiciones de poder señalar las diferencias entre algunos psicoanalizados y otras personas que no han recurrido al análisis. Pero un estudio de personas psicoanalizadas, aunque no pueda ser sino circunstancial, puede dar a conocer si en ellas ha surgido un estado nuevo, o mejor, un ser nuevo. Un estudio de esta índole nos revela lo que para muchos no ha de ser nada imprevisto: que el psicoanálisis antes de desembocar a una cura se abre a un conflicto entre el antiguo yo del sujeto analizado y su yo naciente, el yo nuevo. Sin la contrastada existencia de un conflicto no habrá un yo nuevo del que dependa el cambio. Y sin el nacimiento de un yo orgánico, el tratamiento se habrá concertado al *como si* se practicara el análisis, eludiendo siempre el centro del ser que es desde donde puede nacer y desarrollarse un yo nuevo.

Por lo común las personas se refieren espontáneamente al yo anterior al análisis para contrastarlo con los rasgos y características del yo actual, el yo que ha crecido y cambiado por el análisis. Aquí mantendremos los términos de referencia en relación a los diferentes yoes, por la intención de simplificar la descripción del conflicto y de los cambios. Sin embargo, será preciso aclarar que reconocemos a través de todo yo una determinada orientación del carácter.

Es en este sentido como interpretamos la concepción de Fromm del carácter y de las orientaciones caracterológicas. Fromm concibe el carácter como un sistema di-

námico en que la energía humana se estructura en el proceso del vivir. Según la orientación por la cual el individuo se relaciona con el mundo se estructura un determinado tipo de carácter. Por lo general un carácter se estructura por la combinación de diferentes orientaciones, más o menos supeditadas al predominio de una de ellas.³

Cada vez que nos referimos a un tipo de yo lo haremos en referencia al conjunto de conciencias, inclinaciones, creencias, tendencias, pasiones, propias del modo de relacionarse de una orientación del carácter. De este modo consideramos que en una persona coexisten más o menos diferentes yoes, entre los cuales generalmente hay uno que prevalece. El yo nuevo del que hablaremos, correspondería a determinados momentos del crecimiento orgánico y a la madurez de la estructura del carácter, en movimiento hacia la orientación que Fromm denomina productiva.⁴ A pesar que el carácter básico permanece invariado, el yo nuevo crece a expensas de las energías de un espectro nuevo y diferente de rasgos y tendencias del sistema de ese carácter.⁵ Este yo tiende entonces a convertirse en un sistema orgánico en movimiento, pues su energía proviene de la reorientación que se opera por el análisis en el carácter fundamental de la persona.

El yo representa —a veces como un títere, a veces como un actor— las fuerzas y las tendencias de una determinada orientación caracterológica. Pero por alguna de sus conciencias el yo presenta también una reacción frente a estas fuerzas que lo caracterizan y lo sustentan⁶. Las reacciones pueden ser conscientes o pueden darse mediante síntomas o en sueños. A medida que crece la reacción del yo contra las propias fuerzas del carácter, se va gestando el conflicto que podrá dar nacimiento a un nuevo actor, a un nuevo yo. Y podrá darse en consecuencia el paso progresivo de un tipo de yo actor que actúa en representación de fuerzas que apenas controla, y con las que entra en conflicto, hacia un nuevo yo actor que actúa con un poder propio de energías y razón.⁷ Pues si las antiguas tendencias son indestructibles pueden ceder sus energías a las nuevas tendencias que configuran el yo naciente. Sólo renaciendo del carácter, el nuevo yo puede superar al antiguo. Este nuevo crecimiento se da entonces en el conflicto que, sin embargo, puede postergarse indefinidamente. Toda la eficacia del psicoanálisis depende en verdad de este paso: puede ayudar al yo a percatarse de sus fuerzas caracterológicas y crear en él una fuerte tendencia a despojarse de aquellas que son negativas, pero el salto realmente difícil

es el abandonar las antiguas tendencias y encarnar las nuevas.

Freud distinguía un yo inerte o defensivo de un yo maduro⁸. Pero la naturaleza del conflicto psicoanalítico en Freud es menos dinámica. No vislumbra la posibilidad de un cambio de la orientación del carácter, ni el apoderamiento y un uso razonable de la energía del ello por el yo. Freud percibe siempre una perpetua "lucha"⁹ entre un yo "alterado" por defensas y resistencias y un ello con su poco variable fuerza instintiva¹⁰. Aunque en realidad en su texto incluye varias veces la palabra "integración" no le otorga sin embargo todo el significado de su función entre las fuerzas en discordia. Con el fin de dominar las partes incontrolables del ello, Freud insiste en que el análisis puede ayudar al yo inerte, al yo alterado, mediante la inclusión en su estructura de controles que define "sintónicos"¹¹. Mediante estos controles que vienen a sustituir a las represiones, se va formando el yo de la síntesis¹², el yo de la armonía¹³, por lo que esta supuesta armonía se alcanza a merced del *taming*¹⁴, de la domesticación de los instintos. De modo que para Freud el conflicto se da entre las fuerzas del yo y las fuerzas de los instintos, sin una posible integración de la energía, pues estos últimos sólo pueden ser domeñados. Y mientras estas fuerzas instintivas pueden hacer fracasar todo yo nuevo —que él denomina "maduro"—, Freud reconoce cierta impotencia del análisis en auxiliar al nuevo yo para que pueda posesionarse de controles más eficaces en contra de aquellas fuerzas. "Por el momento —confiesa Freud en 1937— hemos de rendirnos a la superioridad de las fuerzas contra las cuales vemos que quedan anulados nuestros esfuerzos. Aun ejercer un influjo psíquico en el simple masoquismo es una carga pesada para nuestras posibilidades"¹⁵. La armonía en el yo analítico no se da pues por una integración, sino por la relativa estabilidad de las relaciones de fuerza. Si se conoce la evolución del pensamiento de Freud y se consideran las condiciones sociales en las que vivió, será tal vez comprensible que en su concepción Eros tienda a contener o a contaminarse con las fuerzas destructivas, más que a integrarse en la armonía del yo.

Pero la aspiración a la armonía en el ser, que mediante el tratamiento abrigaba Freud, es legítima. El papel del psicoanálisis según él es el de "lograr las condiciones mejores posibles para la función del yo"¹⁶. "Lo que a Freud le importaba —recalca Fromm— no era el máximo del desarrollo del yo sino el óptimo alcanzable por el hombre"; es decir, "que éste debía tratar de reemplazar el ello por el yo en la medida de sus posibilidades"¹⁷.

El conflicto

A lo largo del conflicto psicoanalítico el yo nuevo está propenso a perder fe y fuerza, en su lucha contra el yo gemelo inmaduro y las presiones de la sociedad, especialmente la urbana contemporánea,

mezquina, egoísta, destructiva, medio a su vez que propicia el crecimiento de yoes enajenados. Ante estas condiciones, el yo nuevo debe vitalizarse para emanciparse del conflicto en busca de su crecimiento y su autonomía. Si el conflicto ha de resolverse, el proceso no puede ocurrir en forma pasiva y sin la renovación energética y vital del nuevo yo. A los ojos del yo nuevo el yo preanalítico es reconocido como el ser del fracaso, y resulta arduo, a veces intolerable, albergar en uno mismo al ser que, desenmascarado, envilece y avergüenza, origina culpas y desalientos. En tales situaciones la persona expresa el fuerte sentimiento de su necesidad de volver a nacer, de transformarse totalmente en otra. Pero no se puede decapitar el yo que se repudia sin perder la propia cabeza. El decapitador no cree que el acusado pueda regenerarse, que pueda dar nacimiento a una nueva persona a través de sí mismo; por esto lo condena a la guillotina. El analizado en este trance no acierta cómo seguir en vida cargando un yo que desea muerto, un yo que no debería haber nacido nunca. El hombre es habitado por los dos yoes y se habita en ambos. Si la culpa se magnifica se acrecienta el conflicto y el sufrimiento. Y por el escepticismo de ciertos ambientes ante las posibilidades de cambio, la persona no encuentra fe en otros de que él logre cambiar y renacer; a veces no encuentra esa fe ni en su psicoanalista. Las crisis conflictivas pueden perdurar durante años, hasta que la persona zaherida y desgarrada por el tremendo conflicto de fuerzas y estilos de vida, logre emanciparse.

Pero el conflicto no siempre es consciente y tiende muchas veces a ser evitado. La persona retorna a vivir mediante un yo preanalítico sin percatarse por más o menos prolongados periodos de tiempo de haber vuelto a su antigua trampa. Informará holgadamente de su comprensión analítica. Revelará una historia secreta dentro de la historia de su vida, sin que las dos historias entren en realidad en contacto. Ambas se establecen, en cambio, como vidas paralelas en una suerte de doble personalidad. Se reserva el yo analítico para ciertos escenarios y personas, mientras que para otros medios vuelve a operar, casi automáticamente, el yo antiguo. Es la común ambigüedad post-analítica, el quedar bien con el Cristo y con el César.

El conflicto puede diferirse en el tiempo. Al nuevo yo se le ha entrevisto, se le añora desde un futuro que se confía conquistar gradualmente. La persona pide siempre tiempo, un tiempo necesario para habitarse en el nuevo yo, que suele llegar siempre tarde. Freud sostenía que "el análisis progresa mejor si las experiencias patógenas del paciente pertenecen al pasado"¹⁸. Pero a menudo se constata que el análisis del pasado no garantiza que se resuelva el presente. No hay dudas que el yo adulto alcanza una visión más reconfortante si comprende el yo de su ser niño, pero esta visión no es necesariamente potencializadora. El yo adulto confrontado con la urgencia del presente debe estar alerta para percatarse en todo momento de la verdad del hecho que está viviendo. Su lucha no lo es tanto contra el yo del niño, sino contra el otro o los otros yoes del adulto que es él mismo. El yo necesitado de tiempo padece la enfermedad de huir del presente, y al diferir los enfrentamientos decisivos de la



vida analiza el pasado para huir del presente y se va convirtiendo en lo que Fromm denomina un "adicto" al psicoanálisis: se trata de transformar todo conflicto real en uno neurótico, que se entregará al curso del análisis hasta que desaparezcan las situaciones vitales que exigen una decisión importante ¹⁹.

Alertamiento, decisión, responsabilidad, interés, vitalidad, son las características que requiere el yo nuevo para no confinarse en un "mundo analítico" que en lugar de abrirse a la vida gira en órbitas cada vez más distantes.

Los síntomas

La persistencia de los síntomas, o aún su empeoramiento después de un análisis, despiertan las burlas que en su tiempo conoció Freud. El análisis cuidadoso de los síntomas permitirá reconocer que si en la apariencia permanecen invariables, corresponden en cambio a una nueva constelación dinámica. Si se tiene en cuenta la existencia del conflicto podrá comprenderse cómo los síntomas son ahora el resultado del contraste entre los yoes, sobre todo el contraste entre los intereses y las energías que ellos representan. Al yo preanalítico le angustia confiarse al nuevo estilo de vida que exige el yo analítico, y a éste le angustia que perduren las inclinaciones del yo antiguo la solución del conflicto dependerá de la ampliación de la conciencia, la vitalidad la atracción hacia la vida, que logre asumir el yo naciente.

Sin verlos ilusorios, sin embargo, y en su incipiente crecimiento, el yo que nace está apenas organizado para enfrentarse a la realidad que va revelándose. De ahí la gran propensión de muchos analizados a sufrir miedo en una constancia e intensidad que desconocían. A un autor de la línea ortodoxa le impresiona "el elevado porcentaje de psicoanalistas que padecen en grado notable del temor a aparecer en público".²⁰ Sólo que al reconocer este miedo lo interpreta en sentido inverso. Piensa que el psicoanálisis se vuelve una profesión atractiva para los temerosos que sólo pueden tolerar la vida ocultándose detrás del diván. Pero bien puede ser lo contrario: el miedo como consecuencia de la práctica de esconderse de la realidad que se pretende analizar. Sin embargo, el miedo, como frecuente resultado de análisis de diversas orientaciones requiere nuevos estudios. En muchos casos es evidente cómo crece en consonancia con la precariedad del yo naciente, ante la exigencia de hacer cambios relevantes en la vida que plantea el psicoanálisis. Y el miedo también es frecuentemente un sustituto orgánico de una conciencia abierta que todavía no se ha estructurado, cuando surge por el despertar de la capacidad intuitiva en seres de conciencia todavía limitada para ver directamente la realidad.

La precariedad con que nace el yo analítico lleva a muchos analizados a considerar el análisis cual simple antesala abierta a otras búsquedas. Es notable cómo desde muchos intentos psicoanalíticos las personas se dedican a las prácticas sexuales orgiásticas, a experimentos de vida en comunidad, a la persecución de fuerzas cósmi-

cas, de impregnaciones divinas, a la búsqueda aparente de cambios políticos y revolucionarios. Wilhelm Reich fue el prototipo fáustico que las recorrió todas, hasta que tal parece depositó su fe en los platillos voladores. Tal vez en esta última esperanza por primera vez no se equivocó.

El miedo como angustia des-reprimida aumenta en proporción a la búsqueda megalómana post-analítica. Cuanto más pretende magnificarse el yo analítico para contrarrestar sus limitaciones, más intenso crece el espanto que comienza a retraerlo de la vida. En todo caso el dilema es bien conocido: ¿Si el psicoanalista no ha superado sus miedos cómo puede el analizado tener fe en superar los propios? Empero, más allá del tratamiento, no puede dejarse de reconocer que el analizado al sensibilizarse comienza a vivir al pulso de una vida que va organizándose en una totalidad aterradora. Si el miedo es pues un tipo de sensorialidad que avizora el peligro o la dificultad cuando no se cuenta todavía con fuerzas para enfrentarlos, es también una señal de alarma ante un medio social que va dejando de ser humano.

También es frecuente que el analizado suela volverse exigente y crítico ante los defectos ajenos y muy indulgente con los propios. También de esto alertó Freud cuando veía que a algunos analistas, investidos en este caso del "poder de la verdad", les resultaba difícil no abusar de este poder, para aplicarlo a otros, quedando ellos invariables.²¹ A menudo la inflación de los defectos ajenos y el ensombrecimiento de los propios, corresponde a la exteriorización de la pugna interna entre el yo analítico en lucha contra sus propios defectos y en lucha contra el yo antiguo que persiste en preservarse.

Otras veces el escepticismo, el resentimiento contra el analista, el repudio contra el análisis, son en realidad reacciones que encubren el intento por desvitalizar el propio yo naciente que de todos modos se despertó en el tratamiento. Es cuando el yo incipiente contrasta los intereses de prestigio y poder, o cuando el yo nuevo comienza a cobrar conciencias indeseables para quien trata de apuntalarse en un yo más viejo que el diablo. Cada día es más frecuente descubrir individuos encumbrándose en el poder político que se han servido del psicoanálisis para pulir y aguzar la astucia maquiavélica.

En los casos de aparente muerte del yo analítico, o de represión post-analítica de este yo, lo que persiste en su lugar es una suerte de "conciencia maldita", para usar la expresión de una persona que la padecía. El conflicto se traslada del terreno de la vida al conflicto entre conciencias. Y la conciencia maldita se reduce a ser un testigo, y nada más que un impotente testigo, de la obsesionante repetición de síntomas y conductas sin otro destino. En verdad las conductas irracionales y repetitivas son momentos que pueden volverse muy decisivos, tanto para seguir perdiendo fe como para volver a recuperarla. Las repeticiones, paradójicamente, no son necesariamente idénticas, ni son siempre improductivas, ni se agotan en sí mismas; puede llegar a ocurrir que finalmente la ola vital de toda repetición rompa el cristal de la tumba del enterrado en vida. Aunque hay casos en que la tendencia a la repetición se convierte en una destrucción sistemática

de toda manifestación de salud y vitalidad, tanto propia como ajena, y muchas veces con toda lucidez de la conciencia. El resentimiento por no haber podido encarnar el yo nuevo que se había vislumbrado, a cambio de la persistencia de la sola conciencia maldita, puede motivar toda esa venganza y el revanchismo.

Los Sueños

El conflicto psicoanalítico se revela en toda su intensidad y significado en el escenario onírico. Con el despertar de un nuevo yo es inevitable la polarización de los sueños. Surgen y se multiplican los que tienden a la vitalidad y al crecimiento, entre los que persisten en revelar la naturaleza del yo antiguo. Aun cuando esta polarización tienda a reducirse, y pareciera que los sueños vuelven a ser idénticos o peores²² que los del pasado, deberá tenerse en cuenta que muchas veces el descaro en representar la patología del yo antiguo es un intento desesperado del yo nuevo por superarla. El cuidadoso estudio del desenvolverse del sueño, de su vertiginosidad, de su inusitada vivacidad, de la singularidad indicadora y hasta acusadora de la tensión onírica, las reacciones mismas del despertar que son testimonio de reprobación, desasosiego o desaliento, pueden poner de manifiesto el hecho de que la estructura onírica del yo inmaduro resalta con más intensidad cuanto más trata de ampliarse la conciencia del yo nuevo. Aquellos que insisten en lamentar que los sueños vuelven a empeorar después del análisis deberían percatarse de que si el yo nuevo fuese reprimido no habría ni la recurrencia onírica que intensifica la temática antigua ni la reprobación a la misma.

Conclusiones

La formación de un yo híbrido que amalgama entre mejorías y culpas, bienestar y retrocesos, las estructuras de ambos yoes es, probablemente, una evolución habitual del conflicto psicoanalítico. Con igual frecuencia vemos que el conflicto suele perpetuarse más o menos mitigado, más o menos crítico y dramático. No se alcanza una identificación plena y convincente con el yo analítico, que a su vez no logra fortalecerse, ni tampoco se logra regresar por periodos prolongados a la antigua adaptación ambivalente y simbiótica con el medio social. El conflicto puede expresarse también por la alternancia recurrente de dos síndromes: un síndrome de goce, vitalidad, interés, concentración y actividad, y un síndrome negativo de resentimiento, insatisfacción y miedo. Estos dos síndromes se alternan en diferentes combinaciones, pero un minimum de uno de ambos siempre estará presente. La insatisfacción y el miedo no dejarán de ser vectores que inciten a un mayor crecimiento. Por otra parte, la fuente de este síndrome negativo no es exclusivamente psicoanalítica.

La solución que Freud vislumbra para el conflicto es de tipo "hobbsiano". Puesto que la monstruosidad del ello es inextirpable, lo único que puede hacer el yo es armonizar un convenio erigiéndose como líder con preten-

siones de control y fuerza. El estudio de nuevos psicoanalizados hace prever que la lucha puede todavía darse al estilo "hamletiano"; mediante la decisión de ser, de ampliar la conciencia, de impregnarse de la energía vital para enfrentar la complejidad social y el miedo. Freud reconoce que el fracaso en el conflicto se debe a la superioridad de las fuerzas del ello, por la contaminación o la impotencia de Eros ante las tendencias de Muerte. Fromm condiciona la desrepresión y los cambios vitales en función de la relación de fuerzas entre las tendencias biófilas y las necrófilas, no solamente en el individuo sino también, ineludiblemente, en el seno de la sociedad. El conflicto, en este punto, se encuentra varado ante el dilema todavía no resuelto de cómo estimular las fuerzas de la vida, que son finalmente las que propician la solución del conflicto y la afirmación vital del yo nuevo. Pues sólo la vida puede dar nacimiento a la vida.

Notas

1. Léase acerca de esta esperanza en el artículo de Freud, "Análisis terminable interminable", en *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1968; Vol. III, p. 569.
2. *Ibid.*, p. 550.
3. El concepto de carácter en Erich Fromm puede estudiarse principalmente en *Ética y psicoanálisis*, Fondo de Cultura Económica, México, 1965, y en *Sociopsicoanálisis del campesino mexicano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973.
4. La orientación productiva del carácter se encontrará en *Ética y Psicoanálisis*, p. 90 y en *Sociopsicoanálisis...*, p. 104.
5. Aunque en ningún modo explícito, Fromm relaciona el yo con el carácter, por lo menos en la manera que aquí presentamos; este autor escribe acerca del cambio de la orientación del carácter en ambos libros citados; en particular véase Fromm, *Sociopsicoanálisis...*, p. 41-42.
6. Sin esta contradicción activa o pasiva, consciente o inconsciente, en un mismo yo, entre diferentes sistemas orgánicos representados por otros tantos yoes, no cobran relieve y fuerza las tendencias que propician un cambio.
7. Las diferencias entre la actividad productiva y la improductiva están descritas por Fromm en el *Sociopsicoanálisis*, p. 106.
8. Las relaciones entre el yo maduro y el inmaduro o inerte, en Freud, se derivan de su trabajo "Análisis Terminable e Interminable"; véase particularmente la página 552.
9. *Ibid.*, p. 557.
10. *Ibid.*, Capítulo III.
11. *Ibid.*, p. 552.
12. *Ibid.*, p. 556.
13. *Ibid.*, p. 548.
14. *Ibid.*
15. *Ibid.*, p. 564.
16. *Ibid.*, p. 570.
17. Según escribe Fromm en la *Crisis del Psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1971, p. 44.
18. Freud, "Análisis Terminable e Interminable", p. 554.
19. En Fromm, *Crisis del Psicoanálisis*, p. 14.
20. Ralph R. Greenston, *Técnica y Práctica del Psicoanálisis*, Editorial Siglo XXI, México, 1976, p. 382.
21. Freud, "Análisis Terminable e Interminable", p. 559.
22. Utilizamos la expresión de algunos psicoanalizados que padecen lo que ellos denominan "el empeoramiento" de sus sueños. En realidad resulta muy inquietante, después de haberse atrevido a penetrar la verdad de los sueños y del inconsciente, el creer que no se ha avanzado más que hacia una trampa infernal: el propio infierno se vislumbra con mayor agudeza pero no se encuentran salidas ni posibilidades de cambio. Sin embargo, este "empeoramiento" puede dar sorpresas del todo favorables, al orientar y mover a la persona en direcciones contrarias, hacia la superación y el cambio de lo que parece revelarse en el período nostálgico como un destino irremisible.